

Gardel en la voz de Soriano

Anoche lo escuché. Su voz me-
lancólica recreó Buenos Aires. Renació
nostálgico y febril en mi Victrola.
Estremecido por las minas que per-
dió. Ardiente de pasión por Isabe-
lita de Valle y Mona Maris. Con la
agudeza de su sombrero, cintillo
negro de tristeza, cuello a rayas,
bufanda de seda y albo pañuelo de
tres puntas. Corbata de lunares y
mocasines brillantes.

Repasé los ojos de mi amada.
"Tirao por la vida de errante
bohémio/, estoy, Buenos Aires,
anclao en París/ curtido de males,
bandedo de apremios/ te evoco
desde este lejano país..."

Es Carlos Gardel. El trasfondo
de guitarra crea trizaduras en el
corazón. El vino es cálido, como las
manos de hilo de ella, en su almiba-
rada vecindad.

Murió hace 67 años, andadura
de calendario que se cumplió ayer.

Escucho discos de acetato.
Y rastreo libros. La prosa del
gordo Osvaldo Soriano me llama
al acta notarial, al registro sin me-
táforas, al puente con su palabra de
arrabal.

"El ala del sombrero le ensom-
brece los ojos, la sonrisa es tierna y
ancha y los ojos pequeños se rangan
con el asombro o la melancolía. El
celuloide empobrece sus gestos,
apenas deja traslucir su alma per-
fecta, dicen quienes lo conocieron.
Pero cuando canta su cara se ilumina,
todo se ilumina. Y hasta esos
melodramas de los años 30 cobran
vida, sentido.

"Carlos Gardel es la voz y la
palabra de los argentinos: quejumbrosa,
apretada de angustia, aterida
de dolor. A veces, alegre mascari-
ta quiere ser algo más que un

tango y es la luz del sol,
el aire suave, embriagador,
el dulce trino que modula el ruiseñor. Un
Buenos Aires triste y
desafiante sale todavía
de esa garganta quemada
hace años en el aero-
puerto de Medellín.

"¿Por qué lo quie-
ren tanto los argenti-
nos? ¿Por qué lo han
convertido en un mito
intocable? ¿Por qué es-
su voz, su estampa,
la única cosa a la que no
permanecen indiferen-
tes? ¿Por qué, de algún
modo, todos son él?

Difícil de responder:
era un hombre simple,
hijo de una francesa sol-
tera que emigró al Río
de la Plata para escapar
de la humillación y de
la miseria. Cantó en
café-cancin de mala muer-
te, recorrió los dormi-
dos pueblos de la pro-
vincia de Buenos Aires,
en dúo con José Raza-
no, un uruguayo ahora
caído en el olvido, y un
buen día se fue a Barce-
lona y París a ganar al-
gún dinero para pagar
sus deudas de juego.
Allí empezó en el ba-
rrio de Pigalle, como
tantos otros argentinos
que se vestían de gaucha para el
público de la Belle Époque y de
pronto, como si los dioses se hubie-
ran encandilado con una sonrisa,
fue más que Maurice Chevalier.

"Vea, yo lo vi una sola vez y no
cruzamos una palabra. Yo estaba en
un café con unos amigos, a la madru-
gada, y lo vi entrar. Venía como
iluminado. Todo el bar se quedó en
silencio, o eso me pareció; él se llevó
la mano al sombrero y con una sola



*Carlos Gardel es la voz y la palabra de los
argentinos: quejumbrosa, apretada de angustia,
aterida de dolor.*

inclinación de cabeza
todo el mundo se dio
por saludado. Yo me
paré, le saqué esta foto
y me quedé ahí, contra
el mostrador, envidian-
do al tipo que le daba la
mano.

"Ese fotógrafo ven-
dió el retrato de Gardel
en 1973, a la salida de
un cine de barrio don-
de daban dos de sus
películas. Hace años
que quien escribe estas
líneas pregunta a los que
vivieron su época cómo
era Carlos Gardel, quié-
n era el hombre que
dio lugar al más gigan-
tesco mito que ha crea-
do la ciudad de Buenos
Aires y que se extiende
a toda América Latina,
de Medellín a La Ha-
bana, de Caracas a Ma-
nagua, de Montevideo
a Lima. Pero no hay
caso: no hay nada ex-
cepcional en él, ningu-
na prueba de heroísmo,
ningún aparato publi-
citario que haya mode-
lado su figura. Al con-
trario: es tan poco lo
que se sabe de Gardel,
hoy, que al investiga-
dor uruguayo Federico
Silva le bastaron cien
páginas para recopilar

todos los instantes de la vida del
Zoerzal que han dejado un rastro y
suficientes pruebas: documentos,
reportajes, encuentros, viajes, esca-
sos amores.

"Sin embargo, vivió 45 años y

tuvo amigos, furtivos amantes (que
luego florecieron por centenares),
una madre que lo sobrevivió, un
albacea, Armando Defino, que es-
cribió honestamente sobre los días
de gloria.

"No importa lo que fue, cómo
fue. Importa lo que es: un inmenso
depósito de sueños, ilusiones, leal-
tades, callados odios. Lo que la
gente hizo de él. En uno de sus
viajes estuvo 48 horas en Caracas;
un periodista curioso se tomó el
trabajo de reconstruir esos dos días
entrevistando a la gente que dijo
haberlo visto, haber estado a su
lado, en el hipódromo, en el teatro,
en su mesa, en su cama. La recon-
strucción de esa etapa de Gardel en
la capital de Venezuela probó una
verdad más rica que la rutinaria
realidad: que hacer todo lo que se
cuenta que hizo, el cantor debería
haber permanecido en Caracas por
lo menos cuarenta y cinco días.
Tantas fueron las noches de juerga
y los días de amistad que la gente le
ha regalado".

Frio de invierno. Fuego en el
corazón. Rescate del lunfardo. Sen-
timientos sin fronteras.

Buenos Aires llora. No por el
aniversario de la muerte de Gardel.
La ciudad se quebranta, asfixiada
por el humillante corralito. Hun-
dida por el hambre y la desesperan-
za.

El cielo está triste por Simeone,
Verón y Batistuta.

Tiemblo con la literatura de
Soriano. Ovíllo mis ilusiones, mien-
tras la niebla esmerila los vidrios de
mi ventana. A lo lejos, siento:

"Bajo tu amparo/no hay desen-
gaños,/ vuelan los años,/ se olvida
el dolor".

Sobre Edilberto Domarchi [artículo] Jorge Jobet.

Libros y documentos

AUTORÍA

Jobet, Jorge, 1916-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Sobre Edilberto Domarchi [artículo] Jorge Jobet.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)